

efecto que me era todavía desconocido, pero del cual usé por instinto. La sostuve con tanta fuerza como ternura, y durante aquella última crisis me dirigió miradas que me hicieron llorar. Cuando cesaron aquellos movimientos nerviosos, arreglé sus cabellos, tocándolos por primera y última vez en mi vida; luego volví á coger su mano, y contemplé aquella estancia sencillamente decorada, aquel lecho con cortinas de indiana, aquella mesa con su tocador de moda antigua, aquel sofá con mezquinos almohadones. ¡Qué poesía en aquel lugar! ¡Qué olvido del lujo! ¡Su lujo era la más exquisita limpieza! ¡Noble celda de monja casada llena de santa resignación, cuyo solo adorno era el crucifijo de su lecho, sobre el cual se veía el retrato de su tía y á los lados los de sus dos hijos, hechos por ella á lápiz! ¡Qué retiro para una mujer cuya aparición en el gran mundo hubiera hecho palidecer á la más hermosa! Tal era la estancia en donde lloraba la hija de una ilustre familia inundada en aquel momento de amargura y negándose al amor que la hubiera consolado. ¡Desgracia secreta irreparable! ¡Y lágrimas en la víctima para el verdugo, y lágrimas en el verdugo para la víctima! Cuando sus hijos y la doncella entraron, salí de la habitación. El conde me esperaba: considerábame ya como un poder mediador entre su mujer y él, y, cogiéndome de las manos, exclamó:

—¡Quédese usted, Félix, quédese!

—Desgraciadamente—le contesté,—el señor de Chesel tiene invitados y no sería conveniente que investigasen los motivos de mi ausencia. Después de comer volveré.

Salió conmigo, me condujo hasta la puerta sin decirme una palabra, y luego me acompañó hasta Frapesle sin saber lo que hacía. Por fin, allí le dije:

—En nombre del cielo, señor conde, déjela usted dirigir su casa, si eso le agrada, y no la atormente más.

—Me queda poco tiempo de vida—me contestó con aire sombrío,—y no será mucho lo que tenga que sufrir conmigo: siento que mi cabeza estalla.

Y se separó de mí en un acceso de egoísmo.

Después de comer volví á Clochegourde para saber noticias de la condesa, á la que encontré mejor. Si tales eran para ella las alegrías del matrimonio, si semejantes escenas se renovaban con frecuencia, ¿cómo podía vivir? ¡Qué lento é impune asesinato! Durante aquella noche comprendí con qué tortura inaudita aniquilaba el conde á su mujer. ¿Ante qué tribunal llevar tales litigios? Estas reflexiones me confundían, y no habiendo podido decir nada á Enriqueta, pasé la noche escribiéndole.

De las tres ó cuatro cartas que escribí no conservo más que este principio, del que no quedé contento: me pareció que no expresaba nada ó que hablaba demasiado de mí, cuando no debía ocuparme sino de ella. Él te dirá el estado de mi alma:

« Á LA SEÑORA DE MORTSAUF

—¡Cuántas cosas tenía ayer que decirle, en las cuales pensé durante el camino y se me olvidaron al verla! Sí; desde que la veo, querida Enriqueta, no encuentro

CAPILLA ALFONCINA

CAPILLA ALFONCINA

mis palabras en armonía con los reflejos de su alma, que tanto engrandecen su belleza; además, cerca de usted experimento una felicidad tan infinita, que el sentimiento actual borra todos los sentimientos de la vida anterior. Cada vez que la veo nazco á una vida más extensa, y soy como el viajero que, subiendo á una roca, descubre á cada paso un nuevo horizonte. Á cada nueva conversación, ¿no añado á mis inmensos tesoros otro de más precio? Ese es, según creo, el secreto de las largas, de las eternas amistades. No puedo hablarle á usted de usted misma sino de lejos. En su presencia estoy demasiado fascinado para ver, soy demasiado feliz para interrogar á mi felicidad, estoy demasiado lleno de usted para ser mío, demasiado elocuente para hablarle, con demasiado ardor para aprovechar el presente, para acordarme del pasado. Es preciso que conozca usted bien esta constante embriaguez para que me perdone mis errores; cerca de usted no sé más que sentir. Sin embargo, me atreveré á decirle, mi adorada Enriqueta, que jamás, en las numerosas alegrías que me ha causado, he sentido delicias semejantes á la felicidad que ayer llenó mi alma, cuando, después de aquella horrible tempestad en que usted luchó contra el mal con un valor sobrehumano, quedó sola conmigo en la media luz de su estancia, adonde aquella desgraciada escena me había llevado. Sólo yo he sabido con qué resplandores puede brillar una mujer cuando llega de las puertas de la muerte á las puertas de la vida, viendo matizar su frente con los tintes de la aurora. ¡Qué armoniosa era su voz! ¡Qué pequeñas me parecían las palabras, aun siendo de usted, cuando en el sonido de

su voz adorada reaparecían los vagos resentimientos de un dolor pasado, mezclados á los consuelos divinos con que al fin me tranquilizó, dedicándome así sus primeros pensamientos! Sabía que brillaban en usted todos los esplendores humanos, pero ayer adiviné una nueva Enriqueta, que sería mía, si Dios quisiera; ayer entreví un ser desprendido de las trabas que nos impiden lucir los fuegos del alma. ¡Cuán bello era todo su abatimiento! ¡Cuán majestuosa en su debilidad! Ayer encontré algo más bello que tu hermosura, algo más dulce que tu voz, luces más brillantes que las de tus ojos; perfumes para los que no hay palabras: ayer tu alma fué visible y palpable. ¡Ah! ¡cuánto sufrí con no haberte podido abrir mi corazón para hacerte revivir en él! En fin, ayer deseché el terror respetuoso que me inspirabas, porque esa debilidad nos había aproximado. Entonces supe lo que era respirar respirando contigo, cuando la crisis te permitió respirar nuestro aire. ¡Cuántas súplicas elevadas al cielo en un momento! Si no he espirado atravesando los espacios que franqueé para ir á pedir á Dios que te dejase vivir, es porque no se muere de alegría ni de dolor. Aquel momento ha dejado recuerdos sepultados en mi alma, que jamás reaparecerán en su superficie sin que mis ojos se bañen de lágrimas; cada alegría aumentará su surco, cada dolor lo hará más profundo. Sí; los temores que ayer agitaron mi alma serán un término de comparación para todos sus dolores del porvenir, como las alegrías que tú me has prodigado, querido y eterno pensamiento de mi vida, dominarán á todas las alegrías que la mano de Dios se digne concederme. Sí; tú me has hecho

conocer el amor divino, ese amor que, seguro de su fuerza y de su eternidad, no conoce celos ni sospechas.

Una profunda melancolía me roía el alma, pues el espectáculo de aquella vida interior era demasiado aflictivo para un corazón nuevo ante las emociones sociales. ¿Encontrar ese abismo á la entrada del mundo, un abismo sin fondo, un mar muerto! Ese horrible conocimiento de infortunios me sugirió pensamientos infinitos, y tuve en mi primer paso en la vida social una medida á la que, ajustando las otras escenas, tenían que ser muy pequeños. Mi tristeza hizo creer á los señores de Chessel que mis amores eran desgraciados, y tuve la suerte de que mi pasión no perjudicase en nada á Esriqueta.

Al día siguiente, cuando entré en el salón, la encontré sola. Me contempló durante un momento, me tendió la mano y me dijo:

—¿Ha de ser siempre un amigo demasiado tierno?

Bañáronse en lágrimas sus ojos, se levantó y añadió con un acento de súplica desesperada:

—No vuelva usted á escribirme así.

El señor de Mortsauf estaba obsequioso; la condesa había recobrado su valor y la serenidad de su frente; pero su palidez revelaba los sufrimientos de la víspera, calmados sin haberse extinguido.

Por la tarde, paseándonos sobre las hojas secas del otoño, que rechinaban bajo nuestros pies, me dijo:

—El dolor es infinito; la alegría tiene límites.

Palabras que revelaban sus dolores, por la comparación que de ellos hacía con sus felicidades fugitivas.

—No maldiga usted la vida—le dije;—aun no conoce usted el amor, que tiene voluptuosidades que irradian hasta en el cielo.

—Calle usted—repuso,—no quiero conocerlo. El esquizimal moriría en Italia. Á su lado estoy tranquila y feliz, pudiendo decirle todos mis pensamientos; no destruya mi confianza. ¿Por qué no ha de tener usted la virtud del sacerdote y el encanto del hombre libre?

—Haría usted beber copas de cicuta—le dije apoyando su mano en mi corazón, que latía violentamente.

—¿Todavía!—exclamó retirando su mano como si hubiese sentido en ella un dolor vivo—¿quiere usted quitarme el triste placer de hacer que una mano amiga restañe la sangre de mis heridas? No aumente mis sufrimientos: no los sabe usted todos, y los más secretos son, precisamente, los más difíciles de devorar. Si fuese usted mujer comprendería qué amarga melancolía domina á un alma altiva cuando se ve objeto de atenciones que nada reparan y con las que se cree repararlo todo. Durante algunos días voy á ser mimada; querrá hacerme perdonar el daño que me ha causado, y entonces podrá obtener un asentimiento á los caprichos más infundados. Me siento humillada por esta bajeza, por estas caricias, que cesan el día en que se cree que lo he olvidado todo. No deber la amabilidad de su amor sino á sus faltas...

—Á sus crímenes—le interrumpí con viveza.

—¿No es una existencia horrorosa?—continuó sonriendo de una manera tristísima.—Por otra parte, yo no sé usar de ese poder pasajero; en tales momentos me parezco á los antiguos caballeros, que nunca herfan al

CAPILLA ALFONSO REYES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

enemigo caído. Ver en tierra el que debemos honrar, levantarle para recibir nuevos golpes, sufrir con su caída más que él mismo; encontrarse deshonrada al aprovecharse de una pasajera influencia, aun cuando sea con un objeto útil; gastar la fuerza y agotar los tesoros del alma en estas luchas sin nobleza; no reinar sino en el momento en que se reciben heridas mortales... ¿no vale más morir? Si no tuviera hijos dejaría que la corriente de esta vida me arrastrase; pero sin mi valor desconocido ¿qué sería de ellos? ¿me hablaría usted de amor? ¡Ay amigo mío! figúrese usted en que infierno caería si diese á ese ser sin piedad, como todos los seres débiles, el derecho de despreciarme. Yo no sufriría una sospecha; la pureza de mi virtud, querido niño, tiene aguas santas en que se baña el alma, saliendo de ellas renovada por el amor de Dios.

—Escuche, querida Enriqueta; sólo me queda una semana de permanencia aquí, y quiero que...

—¿Va usted á dejarnos?—dijo interrumpiéndome.

—¿No debo enterarme de lo que mi padre decide respecto á mí? Pronto hará tres meses...

—No he contado los días—respondió con el abatido dono de la mujer conmovida.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—Vamos á Frapesle.

Llamó al conde y á sus hijos y pidió su charca. Cuando todo estuvo dispuesto, ella, tan lenta, tan tranquila en todo, tuvo la aturrida actividad de una parisiense, y nos dirigimos juntos á Frapesle para hacer una visita que la condesa no debía. Enriqueta se esforzó en hablar á la señora de Chessel, que felizmente fue muy

prolija en sus respuestas. En tanto, el conde y mi huésped hablaban de negocios. Yo temía que el señor de Mortsauf alabase su carretela y sus caballos; pero tuvo el buen gusto de no hacerlo. Su vecino le interrogó acerca de las obras que emprendía en la Cassine y la Rhetoriere; al oír la pregunta miré al conde, creyendo que eludiría un asunto tan fatal en recuerdos y tan cruelmente amargo para él; pero, lejos de eso, probó cuán urgente era mejorar el estado de la agricultura en el cantón y edificar hermosas granjas cuyos locales fuesen cómodos y salubres; en fin, se atribuyó gloriosamente las ideas de su mujer. Contemplé á la condesa ruborizándome. Aquella falta de delicadeza en un hombre que en ciertas ocasiones demostraba tanta; aquel olvido de una escena mortal, aquella adopción de ideas que tan violentamente había combatido, me dejaron petrificado.

—Y ¿cree usted recuperar todos esos gastos?—preguntó el señor de Chessel.

—Con grandes ventajas—respondió el conde.

Semejantes crisis no podían explicarse sino por la palabra *locura*. Enriqueta, aquella celeste criatura, estaba radiante. ¿No parecía el conde hombre de buen sentido, buen administrador, excelente agrónomo? Feliz por ella, feliz por su marido, feliz también por sus hijos, acariciaba con delicadeza los cabellos de Santiago. ¡Qué comedia tan horrible! ¡Qué drama tan sarcástico! Aquello me espantó. Más tarde, cuando se levantó ante mí el telón de la escena social, ¡cuántos Mortsauf he visto, pero sin los relámpagos de lealtad, sin la religión de aquél. ¿Qué singular y sarcástico poder es el que

une perpetuamente al loco con el ángel, al hombre de amor poético y sincero con una mujer grosera, al ser deforme con una bella y sublime criatura, al pequeño con el grande, á la bella Juana con el capitán Diard, á la señora de Beauseant con un Adjuda, á la señora de Aiglemont con su marido, al marqués de Espard con su mujer? Mucho tiempo he buscado, lo confieso, el sentido de este enigma. He penetrado muchos misterios, he descubierto la razón de muchas leyes naturales y el sentido de algunos jeroglíficos divinos; pero de este no sé nada, y lo estudio como una figura de rompecabezas indios, cuya construcción simbólica se han reservado los brahmanes. Aquí el genio del mal es visiblemente el amo, y yo no me atrevo á acusar á Dios. ¿Tendría razón Enriqueta y su filósofo desconocido? ¿Contendría su misticismo el sentido general de la humanidad?

Los últimos días que pasé en aquel país fueron los de la caída de las hojas, días oscurecidos por nubes que á veces ocultaron el cielo de Turena, siempre tan puro y tan templado en aquella estación. La víspera de mi partida, antes de comer, la señora de Mortsauf me llevó á la terraza, y después de dar en silencio una vuelta bajo los árboles deshojados, me dijo:

—Mi querido Félix, va usted á entrar en la sociedad y quiero acompañarle allí con el pensamiento. Los que han sufrido mucho, han vivido mucho: no crea, pues, que las almas solitarias no saben nada del mundo. Si debo vivir para mi amigo, no quiero estar con dificultad en su corazón ni en su conciencia. El día del combate es muy difícil acordarse de todas las reglas; permítame usted que le dé algunos consejos de madre

El día de su partida le entregaré una carta en la que encontrará mis pensamientos de mujer sobre la sociedad, sobre los hombres y sobre la manera de abordar las dificultades en esa gran agitación de intereses: prométame no leerla hasta que esté en París. Mi súplica es la expresión de uno de esos caprichos del sentimiento, que son nuestro secreto de mujer: no creo que sea imposible comprenderlo; pero tal vez no quisiéramos haberle comprendido. Déjeme esos pequeños senderos en que á la mujer le gusta pasearse sola.

—Se lo prometo—dije besándole las manos.

—Aun tengo que pedirle otro juramento. ¿Se compromete usted á suscribirlo de antemano?

—¡Oh, sí!—contesté creyendo que se trataba de fidelidad.

—No se trata de mí—repuso sonriendo con voz de amargura;—Félix, no juegue usted jamás, aunque se encuentre en un salón del gran mundo: no exceptúo ninguno.

—No jugaré—respondí.

—Bien, he encontrado un medio de que haga usted buen uso del tiempo que había de disipar en el juego, y ya verá como mientras los demás pierden más ó menos pronto, usted gana siempre.

—¿Cómo?

—Mi carta se lo dirá—respondió con aquel acento grave que quitaba á sus recomendaciones el carácter de seriedad de que van acompañadas las de los padres.

Hablamos aún durante una hora, y Enriqueta me probó la profundidad de su afecto revelándome el cuidado con que me había estudiado durante aquellos tres

meses: entró en los últimos pliegues de mi corazón, tratando de inocularme el suyo; su acento era convincente, persuasivo; sus palabras brotaban como de labios maternos, y tanto por su acento como por su pensamiento, mostraba cuántos lazos nos unían ya el uno al otro.

—¡Si supiera usted—dijo para concluir—con qué ansiedad le seguiré en su camino! ¡Qué alegría si caminara rectamente! ¡Qué llanto si tropieza usted con las espinas! Créame usted, mi afecto no tiene igual; es á la vez involuntario y escogido. ¡Ah! ¡quisiera verle á usted feliz, poderoso, considerado, á usted, que será para mí como un ensueño querido!

Me hizo llorar. Era á la vez dulce y terrible: sus sentimientos se ponían al descubierto con demasiada audacia, y era sobradamente pura para permitir la menor esperanza al joven sediento de placer. En compensación de mi materia rechazada por su corazón, Enriqueta vertió sobre mí raudales incesantes é incorruptibles de ese amor divino que sólo satisface al alma. Se remontaba á esferas adónde no podían llevarme las alas diamantinas del amor, pues para alcanzar su altura el hombre tendría que haber conquistado las blancas alas de un arcángel.

—Siempre—le dije,—en todos los casos, tendré este pensamiento: «¿Qué dirá mi Enriqueta?»

—Está bien; quiero ser para usted la estrella y el santuario—dijo aludiendo á los ensueños de mi infancia y ofreciéndome su realización para engañar mis deseos.

—Será usted mi religión y mi luz; lo será usted todo—exclamé.

—No—respondió,—yo no puedo ser la fuente de sus placeres.

Suspiró y dirigióme la sonrisa de sus penas secretas, esa sonrisa del esclavo que se rebela un momento.

Desde aquel día estuvo en mi corazón, no como una mujer que busca en él un lugar, que en él se graba por el sacrificio ó por el exceso de placer, no; tuvo todo mi corazón y fué como algo necesario al juego de sus músculos; vino á ser lo que era Beatriz para el poeta florentino, la Laura sin tacha del poeta veneciano, la madre de los grandes pensamientos, la causa desconocida de las resoluciones que salvan, el sostén del porvenir, la luz que brilla en la obscuridad como el lirio entre el follaje sombrío; sí, ella me ha dado esa constancia que vence á los vencedores, que se alza más fuerte después de la derrota, que cansa á los más duros combatientes.

Al día siguiente, después de haber almorzado en Frapesle y de haberme despedido de mis huéspedes, tan complacientes con el egoísmo de mi amor, me dirigí á Clochegourde. Los señores de Mortsaufr habían proyectado acompañarme hasta Tours, de donde por la noche debía marchar á París. Durante el camino, la condesa permaneció afectuosamente muda. Primero dijo que tenía jaqueca; después se ruborizó de esta mentira y la encubrió diciendo que no me veía partir sin sentimiento. El conde me invitó á ir á su casa cuando, ausentes los Chessel, tuviera deseos de ver otra vez el valle del Indre. Nos separamos heroicamente, sin lágrimas visibles; pero, como algunos niños enfermizos, Santiago tuvo un momento de sensibilidad que le hizo derramar

algunas lágrimas, en tanto que Magdalena, ya mujer, estrechaba la mano de su madre.

—¡Hijo querido!—exclamó la condesa besando al niño con pasión.

Cuando me encontré solo en Tours, después de la comida me acometió una de esas rabias inexplicables que se experimentan en la juventud. Alquilé un caballo, y en cinco cuartos de hora franqué la distancia que separa á Tours de Pont-de-Ruán. Allí, avergonzado de mi locura, tomé el camino á pie y llegué como un espía, á paso de lobo, junto á la terraza. No estaba en ella la condesa, é imaginé que sufría; conservaba en mi poder la llave de la puerta pequeña y entré. Enriqueta bajaba en aquel momento la escalinata con sus dos hijos para ir á respirar, triste y lenta, la dulce melancolía impresa en el paisaje por el sol poniente.

—¡Mamá, aquí está Félix!—exclamó Magdalena.

—Sí, soy yo—le dije en voz baja;—me he preguntado por qué estaba en Tours cuando aún me era fácil verla á usted. ¿Por qué no cumplir un deseo que dentro de ocho días ya no podré realizar?

—¿No nos deja, mamá?—gritó Santiago saltando de alegría.

—Calla—dijo Magdalena,—vas á llamar la atención del general.

—Esto no es cuerdo—dijo Enriqueta;—¡qué locura! Esto, dicho con lágrimas en la voz ¡qué pago de lo que pudiera llamarse cálculos usurarios del amor!

—Había olvidado devolverle á usted esta llave—dijo sonriendo.

—¿No volverá usted, pues?—me preguntó.

—¿Acaso nos separamos?—pregunté á mi vez dirigiéndole una mirada que le hizo bajar los párpados para velar su muda respuesta.

Partí, después de pasar algunos momentos en ese feliz estupor de las almas que han llegado al punto donde concluye la exaltación y comienza el éxtasis. Caminaba con paso lento y volviéndome sin cesar. Cuando, desde la cima del montecillo, contemplé aquel valle por última vez, sorprendiome el contraste que me ofrecía comparándole á lo que era cuando llegué á él. No verdeaba, no llameaba entonces, como llameaban, como verdeaban mis deseos y mis esperanzas. Iniciado ahora en los sombríos y melancólicos misterios de una familia, participando de las angustias de una Niobe cristiana, triste como ella, ennegrecida mi alma, encontraba en aquel momento el valle en consonancia con mis deseos. Los campos estaban despojados, las hojas de los árboles caídas, las que quedaban tenían el color del hierro oxidado, los pámpanos estaban secos, y la cima de los bosques ofrecía los tintes graves de ese color oterado que en otro tiempo adoptaron los reyes para su traje y que ocultaba la púrpura del poder bajo lo pardo de las penas. Siempre en armonía con mis pensamientos, el valle, donde agonizaban los rojizos rayos del sol poniente, me presentaba una viva imagen de mi alma. Dejar á una mujer amada es una situación sencilla ú horrible, según las naturalezas; me encontré de repente como en un país extraño cuya lengua no conociese. No podía fijarme en nada, viendo cosas con las que mi alma no se ligaba. Entonces se desarrolló mi amor en toda su extensión, y mi adorada Enriqueta

se levantó en medio de aquel desierto en que no vivía sino por su recuerdo. Fué una figura tan religiosamente adorada, que resolvió permanecer sin mancha en presencia de mi divinidad secreta, y me revestí idealmente de la túnica blanca de los levitas imitando así al Petrarca, que jamás se presentó ante Laura de Nover sino vestido de blanco. ¡Con qué impaciencia esperé la noche en que, ya de vuelta á casa de mi padre, podía leer aquella carta que en mi viaje había tocado tantas veces, como toca el avaro un fajo de billetes que se ve obligado á llevar encima. Durante la noche besé mil veces el papel en que Enriqueta había manifestado su voluntad, en el cual debía aspirar los misteriosos efluvios escapados de su mano y del que se llevarían los acentos de su voz para penetrar en mi inteligencia. Jamás he leído sus cartas sino como leí la primera, en el lecho y en medio de un silencio absoluto, pues no comprendo cómo se pueden leer de otro modo las cartas escritas por una persona amada. Hay, sin embargo, hombres indignos de ser amados que mezclan la lectura de esas cartas con las preocupaciones del día, la suspenden y luego la reanudan con tranquilidad odiosa.

He aquí, Natalia, la voz adorable que de pronto resonó en el silencio de la noche; he aquí la figura sublime que se levantó para mostrarme con el dedo el camino en la encrucijada á que había llegado:

«¡Qué felicidad, amigo mío, tener que reunir los elementos dispersos de mi experiencia para transmitirlos y armarle contra los peligros del mundo á través del cual debe usted conducirse hábilmente. Ocupán-

dome de usted durante algunas noches, he sentido los placeres permitidos del afecto maternal; y en tanto que esto escribía frase á frase, transportándome de antemano á la vida que tendrá, he ido varias veces á mi ventana, viendo desde ella las torres de Frapesle iluminadas por la luna, y me he dicho: «¡Duerme, y yo velo por él!» Sensaciones deliciosas que me han recordado las primeras felicidades de mi vida, cuando contemplaba á Santiago dormido en su cuna, esperando que despertase para darle el pecho. ¿No es usted un hombre-niño cuya alma debe ser fortalecida por algunos preceptos de que no ha podido usted nutrirse en esos horribles colegios donde tanto ha sufrido, pero que las mujeres tenemos el privilegio de presentarles? Estas no-nadas influyen en sus triunfos; les preparan y les consolidan. ¿No es una maternidad espiritual engendro del sistema al que un hombre debe ajustar las acciones de la vida, una maternidad bien comprendida por el niño? Querido Félix, aun cuando aquí cometa algunos errores, déjeme imprimir á nuestra amistad el desinterés que la santifica. Entregarle al mundo ¿no es renunciar á usted? Pero yo le amo lo bastante para sacrificar mis goces á su hermoso porvenir.

»Bien pronto hará cuatro meses que de una manera muy extraña me hizo usted reflexionar en las leyes y costumbres que rigen nuestra época. Las conversaciones que tuve con mi tía, á quien usted reemplaza; los acontecimientos de su vida, que el señor de Mortsau me ha referido; las palabras de mi padre, á quien la antigua corte le fué familiar; las más grandes como las más pequeñas circunstancias, todo ha surgido en mi

memoria para beneficio de mi hijo adoptivo, á quien veo en peligro de lanzarse solo en medio de los hombres, de dirigirse sin consejo en un país en que muchos perecen por sus buenas cualidades torpemente desplegadas, y otros triunfan con cualidades malas, desplegadas mejor. Ante todo, medite usted la expresión concisa de mi opinión sobre la sociedad considerada en un conjunto, pues con usted pocas palabras bastan. Ignoro si las sociedades son de origen divino ó inventadas por el hombre; ignoro igualmente en qué sentido se mueven; lo que me parece indudable es su existencia, y desde que usted la acepta en vez de vivir aislado, debe tener por buenas sus condiciones constitutivas, porque entre ellas y usted existirá mañana un contrato. ¿La social actual se sirve del hombre, mejor que el hombre de ella? Yo lo creo así; pero que el hombre encuentre más cargas ó más beneficios, que compre demasiado caras las ventajas que recoge, son cuestiones que incumben al legislador y no al individuo. En mi concepto, debe usted obedecer en todo á la ley general sin discutirla, tanto cuando le hiera como cuando halague su interés. Por sencillo que este principio pueda parecerle, es difícil en sus aplicaciones; es como la savia que debe infiltrarse en los menores tubos capilares para dar vida al árbol, conservar su verdura, desarrollar sus flores y bonificar sus frutos de tal modo que excite la admiración general. Hijo mío, no todas las leyes están escritas en un libro; las costumbres crean también leyes; las más importantes son las menos conocidas, y no hay profesores, ni tratados, ni escuelas para ese derecho que rige las acciones, los discursos, la vida exterior, la

manera de presentarse en el mundo ó de alcanzar la fortuna. Faltar á esas leyes secretas es quedar en el fondo de la sociedad, en vez de dominarla. Aunque esta carta establezca frecuentes pleonasmos con sus pensamientos, déjeme confiarle mi política de mujer.

»Explicar la sociedad por la teoría de la felicidad individual alcanzada por la astucia á costa de los demás, es una doctrina fatal cuyas severas deducciones llevan al hombre á creer que todo lo que se atribuye secretamente, sin que la ley, el mundo ó el individuo adviertan una lesión, está bien ó debidamente adquirido. Según esta doctrina, el ladrón hábil queda absuelto; la mujer que falta á sus deberes sin que nada se descubra, es feliz y discreta; matad á un hombre sin que la justicia tenga una sola prueba, si así conquistáis alguna corona á lo Macbeth, y habréis obrado perfectamente; el interés es una ley suprema; la cuestión consiste en esquivar, sin testigos ni pruebas, las dificultades que las costumbres y las leyes ponen entre el deseo y su satisfacción. Para el que así quiere la sociedad, el problema de adquirir una fortuna se reduce á jugar una partida cuyas puestas son un millón ó el presidio, una posición política ó la deshonra. Muchas veces el tapete verde no es bastante grande para todos los jugadores, y es preciso una especie de genio para combinar un golpe. No le hablo de creencias religiosas ni de sentimientos; se trata solamente de los rodajes de una máquina de oro y hierro y de sus resultados inmediatos, de que se ocupan los hombres. ¡Hijo de mi corazón! Si participa usted de mi horror hacia esa teoría de criminales, no se explicará usted la sociedad sino cómo se la explica todo

juicio recto: por la teoría de los deberes. Sí, nos debemos los unos á los otros bajo mil formas diversas. En mi concepto, el duque y el par se deben más al artesano y al pobre, que el pobre y el artesano se deben al duque y al par. Las obligaciones contraídas crecen en razón de los beneficios que la sociedad ofrece al hombre, por este principio, verdadero en el comercio como en la política, de que la gravedad en los cuidados está en razón de la extensión de los provechos. Cada cual paga su deuda á su manera. Cuando nuestro pobre labrador de la Rhetoriere viene á acostarse fatigado de su tarea, ¿cree usted que no ha cumplido sus deberes? Pues seguramente los ha llenado mucho mejor que otras personas colocadas en altas posiciones. Considerando así la sociedad, en la que quiere usted un puesto en armonía con su inteligencia y sus facultades, tiene usted que sentar, como principio general, esta máxima: «no permitirse nada ni contra la propia conciencia, ni contra la conciencia pública». Aunque mi insistencia pueda parecerle superflua, le suplico, sí, su Enriqueta se lo suplica, que piense bien en el sentido de estas frases que, sencillas en apariencia, significan, hijo mío, que la rectitud, el honor, la lealtad y la cortesía son los instrumentos más rápidos y más seguros de fortuna. En ese mundo de egoístas habrá muchos que le dirán que no se anda el camino con los sentimientos y que las consideraciones morales demasiado respetadas retardarán su marcha; verá también hombres mal educados é incapaces de medir el porvenir, maltratando á un niño, haciéndose culpables de impolítica con una anciana, ó rehusando molestarse por un pobre

viejo, bajo pretexto de que ya no son útiles para nada; más tarde verá á esos hombres enganchados en espinas que no han despuntado, y fracasando por una pequeñez su fortuna; en tanto que el hombre consagrado de corazón desde el principio á esta teoría de los deberes, no encontrará obstáculos, llegará acaso menos rápidamente á su objeto, pero su fortuna será sólida y permanecerá cuando la de los otros haya desaparecido.

»Cuando le diga á usted que la aplicación de esta doctrina exige ante todo la ciencia de los modales, creará usted que mi jurisprudencia huele un poco á la corte y á la enseñanza que he recibido en la casa de Lenoncourt. Amigo mío, concedo la mayor importancia á esta instrucción, tan pequeña en apariencia. Las costumbres del gran tono le son tan necesarias como pueden serlo los extensos y variados conocimientos que posee, y aun con frecuencia los suplen; por eso ciertos ignorantes de hecho, pero dotados de talento natural, han podido alcanzar una grandeza que huía de otros realmente más dignos que ellos. Le he estudiado á usted bien, Félix, á fin de saber si su educación, adquirida en común en los colegios, no le había perjudicado, y la alegría con que he reconocido que puede adquirir lo poco que le falta, sólo Dios lo sabe. En muchas personas educadas en estas tradiciones, las maneras son puramente exteriores, porque la verdadera cortesía, las bellas formas, vienen del corazón y del gran sentimiento de dignidad personal, y he aquí por qué, á pesar de su educación, algunos nobles tienen mal tono, en tanto que ciertas personas nacidas en humilde cuna tienen naturalmente buen gusto y no necesitan más que tomar algunas lec-

CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ciones para adquirir, sin falsa imitación, excelentes maneras. Crea usted á una pobre mujer que jamás saldrá de su valle: ese tono noble, esa sencillez graciosa impresa en la palabra, en el gesto, en el traje y hasta en la casa, constituyen una especie de poesía física cuyo encanto es irresistible; juzgue, pues, de su poder cuando tiene su fuente en el corazón. La cortesía, hijo querido, consiste en parecer que uno se olvida de sí mismo por los demás; en muchas personas es un gesto social que no resiste á las pruebas del interés, y en tal caso un grande se convierte entonces en innoble; pero, y así deseo que sea usted, Félix, la verdadera cortesía implica un pensamiento cristiano; es como la flor de la caridad y consiste en olvidarse realmente de sí mismo. En recuerdo de Enriqueta, no sea usted una fuente sin agua; tenga el espíritu y la forma. No tema usted ser con frecuencia la víctima de esa virtud social, pues tarde ó temprano recogerá el fruto de esas semillas, en apariencia arrojadas al viento. Mi padre ha hecho la observación de que una de las maneras más ofensivas de la cortesía mal entendida, es el abuso de las promesas. Cuando le pidan alguna cosa que no pueda hacer, rehuse lisa y llanamente sin dejar una falsa esperanza, pero conceda con presteza lo que quiera otorgar; así adquirirá la gracia de la negativa y la de la concesión, doble lealtad que eleva maravillosamente un carácter: no sé si se nos odia más por una esperanza fallida, que se nos agradece un favor. Sobre todo, amigo mío, pues esto está en mis atribuciones, no sea usted confiado, ni vulgar, ni precipitado: ¡tres escollos! La demasiada confianza disminuye el respeto, la vulgaridad nos vale el

desprecio, el celo excesivo hace que nos exploten. Por otra parte, hijo querido, no tenga en el mundo más que dos ó tres amigos; su confianza entera es su patrimonio, y dársele á muchos, ¿no es hacerles traición? Si se une con algunos hombres más íntimamente que con otros, sea discreto consigo mismo, sea reservado como si algún día debiera tenerlos por competidores, por adversarios ó por enemigos; los azares de la vida pueden disponerlo así. Guarde, pues, una actitud que no revele frialdad ni efusión, y sepa encontrar esa línea media en que un hombre puede permanecer sin compromiso alguno. Si el hombre galante está tan lejos de la baja complacencia de Filinto como de la áspera virtud de Alcestes. El genio del poeta cómico brilla en la indicación del justo medio que agrada á los espectadores de buen gusto; ciertamente que más se inclinarán hacia los ridículos de la virtud, que hacia el soberano desprecio oculto bajo la honradez del egoísmo; pero sabrán preservarse del uno y del otro. En cuanto á la vulgaridad, si puede hacer que algunos necios digan que es usted un hombre encantador, en cambio las personas acostumbradas á son-
dar, á valuar las capacidades humanas, rebajarán la tasa, y pronto perderá la consideración, porque la vulgaridad es el recurso de los débiles, y los débiles son desgraciadamente despreciados en una sociedad que no ve más que un órgano en cada uno de sus miembros: y tal vez tiene razón, porque la naturaleza condena á muerte á los seres imperfectos. Así, puede ser que las conmovedoras protecciones de la mujer sean engendradas por el placer que encuentra en luchar contra una fuerza ciega, y en hacer triunfar la inteligencia del corazón

sobre la brutalidad de la materia; pero la sociedad, más madrastra que madre, adora á los hijos que halagan su vanidad. En cuanto al celo, ese primero y sublime error de la juventud, que encuentra un placer real en desplegar sus fuerzas y empieza así por ser víctima de sí mismo antes de serlo de otro, guárdelo para los sentimientos correspondidos; guárdelo para la mujer y para Dios; no traiga usted al bazar del mundo ni á las especulaciones de la política tesoros en cambio de los cuales sólo le darán quincalla. Debe creer la voz que le ordena la nobleza en todo, tanto más cuanto que le suplica que no la prodigue inútilmente, porque por desgracia los hombres estiman en razón de la utilidad y sin tener en cuenta el valor. Para emplear una imagen que se graba en su poético espíritu, aunque la cifra sea de grandeza desmesurada, esté grabada en oro, esté escrita en lápiz, nunca será más que una cifra. Como ha dicho un hombre de esta época: «Y, sobre todo, nada de celo». El celo está muy cerca del engaño y causa grandes errores; jamás encontrará usted á su lado un calor en armonía con el suyo; los reyes, como las mujeres, creen que todo les es debido. Por triste que sea este principio, es verdadero, pero no marchita el alma. Coloque usted sentimientos puros en lugares inaccesibles, donde sus flores sean miradas con pasión, donde el artista sueñe con amor en su obra maestra. Los deberes, amigo mío, no son sentimientos; hacer lo que se debe no es hacer lo que place. Un hombre debe ir fríamente á morir por su patria y puede dar con alegría su vida á una mujer. Una de las reglas más importantes de la ciencia del buen tono, es un silencio casi ab-

soluto sobre uno mismo. Tenga el capricho de hablar de usted á gentes simplemente conocidas, entéreles de sus sufrimientos, de sus placeres ó de sus negocios, y verá la indiferencia sucediendo al interés ficticio, y luego, si la señora de la casa no le interrumpe políticamente, cada cual se alejará bajo pretextos buscados con habilidad. ¿Quiere usted, por el contrario, reunir todas las simpatías, pasar por un hombre amable y espiritual? Hable de los demás; busque un medio de ponerlos en escena, aunque sea iniciando cuestiones en apariencia inconciliables con los individuos; las frentes se inclinarán, los labios le sonreirán, y, cuando haya partido, todos harán su elogio. Su conciencia y la voz del corazón le dirán el límite en que empieza la bajeza de la lisonja y concluye la gracia de la conversación. Una palabra todavía sobre los discursos en público: la juventud se inclina siempre hacia una rapidez de juicio que le honra, pero que le perjudica, y de ahí nace el silencio impuesto por la antigua educación á los jóvenes que permanecían cerca de los grandes una temporada, durante la cual estudiaban la vida, pues entonces la nobleza, como el arte, tenía sus aprendices, sus pajes adictos á los señores que los mantenían. Hoy la juventud posee una ciencia de estufa que la impulsa á juzgar con severidad las acciones, las ideas y los escritos, y que corta como el filo de una espada que aun no ha servido. No caiga usted en ese error; sus sentencias serían censuras que herirían muchas susceptibilidades, y tal vez se perdona menos una herida secreta que una ofensa públicamente causada. Los jóvenes no tienen indulgencia, porque no conocen la vida ni sus dificultades; la crítica de los